

TV.

Jaume Genover

La nueva temporada

Llegó por fin el esperado Estatuto Jurídico de RTVE, aunque a estas alturas no se haya divulgado excesivamente su contenido, y sí en cambio todas las trifulcas y consensos parlamentarios que condujeron a su aprobación. Pese a todo —y en previsión de un futuro análisis sobre su valor y su alcance reales— hemos de alegrarnos de que de una vez por todas la televisión de este país quede sometida a un control basado en un texto legal y no en los caprichos e intereses de quien detente el poder en cada momento. Y si tenemos en cuenta que desde su nacimiento y a través de toda su historia, la televisión española ha estado sometida al mismo tipo de poder, el hecho debe alegrarnos doblemente.

Con todo, sería utópico pensar que este Estatuto vaya a solucionar milagrosamente todos los problemas que tiene planteados TVE en estos momentos. Sin duda alguna incidirá en una mayor racionalización laboral del medio, en impedir que la pequeña pantalla sea la descarada voz de su amo del poder establecido y en otros aspectos coyunturales por el estilo. Lo difícil de crear es que a partir del mismo TVE se convierta de la noche a la mañana en una maravilla. Para esto será necesaria una aplicación de este Estatuto a rajatabla, una radical sustitución de muchos de los hombres que ocupan los puestos clave. Si este Estatuto sirve al menos como instrumento para proceder a esta reforma, su utilidad será evidente.

Todo esto viene a cuento en relación a la nueva temporada de programación que se ha iniciado. Ciertamente es que se ha programado sin Estatuto —sería pura demagogia relacionar ambas cosas—, incluso sin que exista un director de TVE, pero nuestras dudas van encaminadas hacia saber si cuando el Estatuto entre en vigencia este hecho se evidenciará de alguna manera en los planteamientos de programación.

Por esta época, cada año suele iniciarse la temporada, lo que se refleja en más o menos cambios.

Este año, empero, la nueva temporada consiste en mantener prácticamente igual el esquema que regía hasta estos momentos. Cambios los ha habido, pero han consistido simplemente en trasladar de día u hora una gran cantidad de espacios que ya se estaban emitiendo. La única novedad real ha consistido en la inclusión de un par o tres de telefilms extranjeros —«El nido de Robin», «Astucia es el juego», etc.—, ni más ni menos.

Como muestra de la mala conciencia de los responsables de la programación valga la inclusión de «La Barraca», que se empezó a emitir puntualmente el primero de octubre. Para que esto fuera posible, «Poldark» debió quedar mutilada por la mitad. Las razones de esta maniobra quedan ahora claras: presentar la serie basada en la novela de Blasco Ibáñez como una de las novedades importantes de la temporada, cuando no es más que otro de los «Grandes Relatos» que habrá terminado de emitirse la segunda semana de este mes. Pero al ser el primer serial de esta modalidad producido por TVE, puede colar como novedad para los más incautos, sobre todo teniendo en cuenta el éxito obtenido por «Cañas y barro».

De novedades, pues, nada. El desencanto sigue siendo la norma que nos imponen los responsables de la televisión ante cualquiera de sus propuestas. Un desencanto que, ingenuos de nosotros, esperamos ver roto algún día. Ya sea con el Estatuto o sin él.



«Cañas y barro»

Folios 1615
12 octubre 79

Jaume Melendres

De lo fácil a lo difícil



Rosa M.ª Sardà (Foto Colita)

Título: «Rosa i Maria»

Textos: B. Brecht, Martí i Pol, T. Moix, D. Villán y Ireneusz Iredynski

Estreno: Teatre Lliure, 21-9-79

Intérprete: Rosa Maria Sardà

Músico: Josep Lluís Soler

Espacio escénico y vestuario: Fabià Puigserver

Dirección: Lluís Pasqual

Dice Sardà que su espectáculo también es un examen. No es verdad, salvo si admitimos que toda aparición pública de un actor suscita un veredicto del público y la crítica. Pero, en cualquier caso, Rosa Maria Sardà, tal como nos lo recuerda la nota biográfica del programa de mano, no necesita exámenes. Ella es, desde hace tiempo, una titular indiscutible del teatro catalán, capaz incluso de gustar en Madrid.

Se trata en realidad, de un desafío. Salir en directo y solitario tiene, para una actriz o un actor, todo el encanto de hallarse sola o solo ante el peligro. El oscuro perfil de los espectadores es como un bosque desconocido, de altas malezas y de bajas reamas, en el que hay que abrir senderos cada noche sin otros instrumentos que la voz y el gesto. Desafío, sí. Para ponerlo

más difícil, Sardà divide su espectáculo en dos partes, que corresponden a dos registros interpretativos tradicionalmente opuestos: el cómico y el dramático. Sueño dorado de todo intérprete o amante, éste de provocar en una misma noche la risa y el llanto, la crueldad y la compasión.

Las raíces de la primera parte, «Rosa», se hallan en la serie televisiva (programa «regional») titulada «Feste amb Rosa Maria Sardà». Allí, Sardà se debatía entre una tosca imitación de los grandes shows norteamericanos y su identidad de actriz que nació y vive en Sant Andreu; víctima, tal vez de un Terenci Moix que no quiere renunciar ni a su Hollywood de reportaje ni a esa calle Ponent que abandonó tiempo ha. Aquí, en el Lliure, Sardà, en cambio, ha renunciado a las copias coreográficas y sólo hay que reprocharles que, para no parecerse a Lizza, se parezca demasiado a Mary Sampere. Rosa Maria Sardà divierte, canta con dignidad, es eficaz y tiene momentos brillantes. Pero su humor aparece a menudo como demasiado doméstico, se basa excesivamente en el reflejo condicionado. Jamás pasa de lo más particular a lo más general, no introduce (a diferencia



TEATRO

José Antonio Gabriel y Galán

El fenómeno Lliure y un público infiel

de un Karl Valentin o de un Jardiel Ponzela, por ejemplo) ningún escafofrío en la carcajada. Sardà se defiende bien porque tiene vis cómica, porque pasa la batería, porque le gusta montones estar en un escenario y tiene oficio. Pero no aprovecha todo eso para crear un mundo distinto del que conocemos, una imagen algo inquietante, un ligero desplazamiento de los tópicos más sólidos. Sant Andreu queda siempre demasiado cerca.

La segunda parte, con el texto único del polaco Iredynski, titulado «María», se sitúa en el extremo opuesto. En primer lugar porque nos remite súbitamente a un universo muy lejano, el de una sociedad de organización socialista de la que el espectador tiene muy escasas referencias. En segundo lugar, porque al pasar de la tienda de ultramarinos de barrio barcelonés a la granja colectivizada pasa también de lo cómico a lo terriblemente serio. Para la mayor parte del público, se trata de un salto brutal. No todos lo encajan bien. Y además, Sardà modifica totalmente su estilo interpretativo.

En efecto, Sardà hubiese podido compensar la dureza del texto (cuyo tema son los sentimientos) acentuando con su interpretación el patetismo de la historia de María. Recurriendo a las lágrimas, a los efectos melodramáticos más gratificantes. Pero Sardà opta por la sobriedad y la contención. Hace lo que suele denominarse una interpretación desde dentro. El texto con sus exotismos sociales, con excesivas caídas en la retórica, no siempre ayuda a Sardà, pero siempre acaba salvando los pasajes bajos con una sorprendente economía de medios. Sardà, en esta parte, merece todos los parabienes. Está muy bien.

El conjunto, pues, es desequilibrado. Quiere jugar a todas las cartas, complacer a todos: a los que van porque la vieron en televisión, a los que van porque la vieron en «Sopa de pollastre ambordi». Puede que algunos salgan descontentos de la otra mitad. Pero de momento hay atascos circulatorios en las esquinas del Lliure.

«Leonci i Lena»

Autor: George Buchner

Traducción: Carme Serrallonga

Espacio escénico: Fabià Puigserver

Dirección: Lluís Pasqual

Intérpretes: Lluís Homar, Antoni Sevilla,

Muntsa Alcañiz, Carlota Soldevilla, Imma

Colomer, Anna Lizaran, etc.

Teatro: María Guerrero

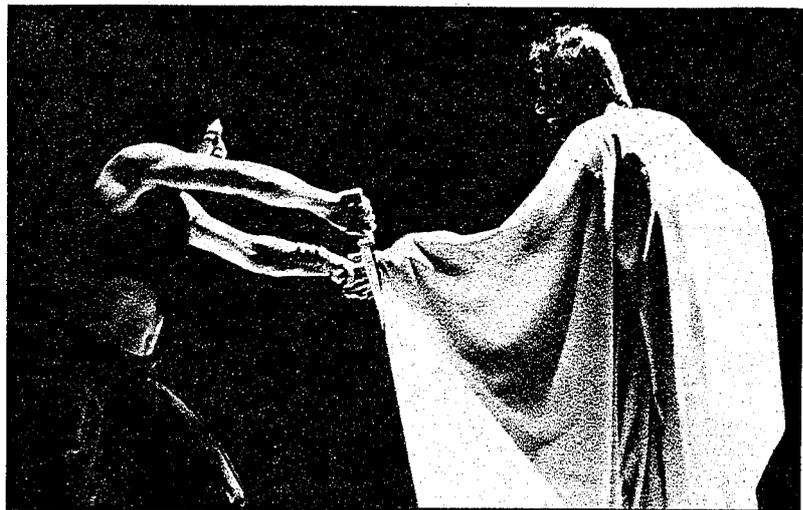
Por fin el Lliure en Madrid. Inaugura la temporada del Centro Dramático con «Leonci i Lena», a la que siguen «Titus Andrònic» y «La bella Helena». En cierto modo esta es una fecha histórica desde el punto de vista cultural. ¿Creen ustedes que ha habido conmoción, colas ante el teatro, curiosidad?

Nada de eso. Más bien indiferencia. Hablo a partir de la visión de «Leonci i Lena» un viernes por la noche, con el teatro que no cubría ni la mitad de su aforo. La cosa es para meditar antes de ponerse a llorar.

El teatro ha dejado de interesar a la gente. Ya no hay público de teatro, la desidentificación es evidente. La burguesía ha desertado, la juventud se tira hacia los recitales de música y así sucesivamente. El teatro se ha convertido en alimento para una ínfima minoría de aficionados, una élite poco más amplia que la de los amantes de la poesía. ¿Se ha convertido el teatro en un lujo superfluo? El problema es desalentador y más general: ¿la cultura se ha convertido en un lujo superfluo? Valdría la pena que todos pensáramos un poco en esta inquietante cuestión.

Mi desánimo nace, pues, de la frialdad con que se acoge a un grupo excepcional como es el Lliure. El público asistente a la función aplaudió con ganas, pero aquella gran cantidad de butacas vacías era como una acusación, una declaración de insensibilidad.

Porque realmente el «Leonci i Lena» es un espectáculo fuera de lo común, como lo es el propio Teatre Lliure. Si ya en la pasada temporada la presencia del teatro catalán fue uno de los más destacados acontecimientos, el descubrimiento actual del Lliure no hace sino confirmar aquella opinión.



El Lliure no ha interesado en Madrid tal como se merece

Puede suceder que, por una serie de complejas circunstancias, la cultura catalana esté viviendo un momento de dinamismo que contrasta con la apatía que reina por estos lares madrileños. Si observamos el hecho teatral, parece que así es.

Y bien, el «Leonci i Lena» del Lliure es una fiesta escénica. Uno sale del teatro como embalsamado, lleno de sugerencias, impresiones y huellas. La bellísima obra del genial George Buchner (¿qué hubiera llegado a ser este dramaturgo de no haber muerto a los veinticuatro años?) es un texto de filosofía teatral, como también lo es su «Woyzeck», pero aquí utiliza la profunda estructura del cuento infantil y lo lleva hasta sus últimas consecuencias aunque elimine de él toda traza de maniqueísmo moral. La esencia del romanticismo alemán está presente en esta maravillosa alegoría, si bien matizada por el compromiso histórico común a la generación llamada de la «Joven Alemania», de la que Buchner sería puntal.

No obstante, la obra, a pesar de utilizar esa envoltura de cuento popular (príncipe que huye de un casamiento forzado, princesa que huye de lo mismo, encuentro entre ambos, boda y descubrimiento del carácter regio de los personajes), posee una profundidad de análisis sorprendente, admirablemente enriquecido en un lenguaje lírico y en un paisaje de verdes praderas y

cristalinas fuentes. Detrás de eso hay toda una problemática de la existencia que posee plena vigencia.

Quizá la primera nota admirable del montaje del Lliure (común también a Els Joglars), sea su perspectiva de sencillez. Estamos en las antípodas del retorcimiento pedante. Todo en este trabajo, desde su concepción hasta la realización y la interpretación, se desarrolla de manera tan espontánea, tan fácil, que uno queda deslumbrado porque entiende los valores subterráneos que conlleva. Esa visible sencillez es fruto de factores tan complejos como una gran capacidad de análisis, un trabajo profundo y un despliegue de imaginación poderosísimo. Si no temiera caer en el tópico, diría que es un montaje «mediterráneo». Y desde luego, demuestra una madurez verdaderamente insólita en personas tan jóvenes como Fabià Puigserver y Lluís Pasqual, responsable del espacio escénico y de la dirección respectivamente. En el terreno de la interpretación es imposible destacar individualidades en un colectivo tan coherente y armónico como el Lliure. Todos ellos forman un bloque con un nivel interpretativo soberano. No hay, pues, fisuras ni caídas en este hermoso espectáculo teatral que abre una temporada de gran calidad en la que posiblemente lo único que no esté a la altura de las circunstancias sea el público.